

Weekend en la bahía

Juan Manuel Marcos¹

Las olas golpeaban la costa nocturna de Nueva Inglaterra y le salpicaban los pies desnudos. Le gustaba hacer una caminata a solas después de la cena. Las ventanas de la casa centelleaban a lo lejos y su resplandor encendía la marea con un parpadeo súbito. Eliza estaría complaciendo a los invitados con el whisky de siempre. La brisa dispersaba sus carcajadas bajo las estrellas. El sonido nostálgico de la última guarania, cueca o milonga, circulada por los amigos desde el otro confín de América agrietaba el cielo invernal. Sus colegas gringos de la universidad estarían preguntándose si se la habían escuchado alguna vez a Joan Báez. Podían beber y reír sin urgencias. La fatua mitad del piso de arriba eran cuartos para huéspedes. Esa casa en Revere Beach segaba una perentoria astilla de su sueldo de *Full Professor*. Más prudente hubiese sido comprar un apartamento en Cambridge, como los demás. Pero hubiera tenido que negar el mar, borrar esas caminatas bajo la luna, que le deparaban sobrevivir. Con el tiempo, que se huracanaba como un vértigo de congresos y seminarios en los que siempre escurría el mismo manuscrito, la poesía lo había deshabitado. Los inhóspitos anuarios académicos, la fósil biblioteca, el crepitante y terso tren de los libros ajenos, lo habían profesado baldío. Solo le quedaban esa casa, Eliza y la sombra triste de ambas acompañando sus pasos en la arena como un tatuaje silencioso.

¹Juan Manuel Marcos (Asunción, 1950), es Académico de Número de la Academia Paraguaya de la Lengua Española y Miembro Correspondiente de la Real Academia Española, Mejor Egresado en Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción, Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid y Doctor en Letras por la Universidad de Pittsburgh, Pennsylvania, con estudios posdoctorales en las universidades de Yale y Harvard. Ex Profesor por concurso de la Universidad del Estado de Oklahoma y la Universidad de California, Los Ángeles. Fundador y Rector de la Universidad del Norte desde 1991. Ex Diputado y Senador de la Nación. Ha publicado más de 60 ponencias en conferencias internacionales y más de 50 artículos académicos en revistas arbitradas. Su obra narrativa, poética y ensayística ha recibido premios en el país y el exterior, ha sido traducida a 43 idiomas y ha sido estudiada en más de 500 libros y artículos en los cinco continentes. En 2017 el Congreso de la Nación le confirió su máximo galardón, el de Maestro de las Artes en el ramo de Literatura. En el año 2021 ha cumplido 50 años ininterrumpidos de enseñanza en el aula.

No había soñado expiar con ese destino de *scholar* aquellas remotas tardes sudorosas en su ciudad natal, dilapidadas alegremente entre el humo de una revista literaria, el insomnio de una adaptación de Brecht o la superstición heroica de la exigua cátedra de Historia de América Latina, donde había descubierto a Eliza. Ella había quemado sus óleos en la buhardilla vacante que miraba al World Trade Center, repartido sus discos en el Village, y abierto sus alas, mochila al hombro, rumbo al sur, con el por entonces incólume pretexto de completar su tesis doctoral sobre la política agraria comparada de Artigas y el doctor Francia. Fascinados ambos por la unánime primavera de París y Berkeley, por el incorruptible optimismo de su insurrección solidaria y sus ecos proféticos, no tardaron en compartir una guitarra generacional, un espejo sin máscaras y un poema proscrito. Poco después eligieron amanecer juntos. Aprendieron a tolerarse neurosis y argucias, a desayunar las lágrimas del otro, y abrazarse como si fuera siempre la primera vez. Pero los días alrededor se ulceraron aciagos y furtivos. El mediodía de los amigos se abrevió como una inocente tribu devastada. Pocos puños en alto les dijeron adiós cuando también ellos merecieron el exilio como un destino aritmético.

Eliza recuperó Nueva York en el destierro. Los casó allí un juez olvidable para que él aliviara sus papeles migratorios. Ella lo persuadió para que archivara su diploma de historiador (pero no sus sonetos en llamas), y accediera a enseñar español en Columbia a cambio de unos dólares de hambre y una nueva cartulina, esta vez con góticas en inglés. Cumplido el rito, se mudaron a Minnesota, donde él ejerció recitar su disertación como una costumbre en cautiverio. Explicaba al principio que el proyecto ideológico de Borges era tan liberal como el de Darío o Vargas Llosa, y que el de Roa Bastos era tan federalista como el de José Hernández o Neruda. Su juventud y, lo que es igual, su imaginación, fueron lentamente entreveradas en ponencias, congeladas en reseñas y lapidadas en volúmenes monográficos, que le confirieron celebridad. Sus efusiones éticas, infectadas por la adulación, sancionadas con los ascensos, estranguladas por una criptografía de remedo o una simetría lujosa y políglota. Diez años después, su esperanza se había convertido en apetito y sus ideas en una desolada excavación de bibliómano. Ya no le sorprendía que sus alumnos limaran sus pies de página como roedores dóciles, ni sentir el desgaste de los días como un deshielo neutro y voraz.

Cuando se instalaron en Cambridge, ya habían saciado media cartografía universitaria de océano a océano, substituido un amigo tras otro, y naufragado en este o aquel vecindario

sin más pesadillas que apaciguar resacas ni menos ancla que un cheque de viajero. Eliza dijo entonces que era esa la última contumacia que estaba dispuesta a transigir con la *bourgeoisie*, pero él la absolvió mintiéndole que allí podrían codiciar un Premio Nobel que les respondiera al fin por qué no merecían hijos. “Además”, añadió la primera noche que hicieron el amor en Revere Beach, “ya somos *bourgeois*”. No los consolaron la vanidad de la Polaroid y los Triptiks, la rue Saint Denis y Machu Picchu, las dos Américas y las dos Europas que coleccionaron en transparencias de calle a canal, de acantilado a nube, durante inexorables veranos sabáticos. Un día volaron al sur, y él aborreció con estupor la amnesia de sus mansos compatriotas y hasta el indulgente desdén de la policía. Un viejo amigo, ahora Decano de Filosofía, le propuso devolverle su cátedra de Historia, pagada con un andrajo del sueldo de su jardinero de Massachusetts, y él tartamudeó que estudiaría esa posibilidad después de su jubilación.

Sus pies se detuvieron al borde de la arena húmeda. La casa, en la que el sonido había cesado, apagó las luces de abajo. Eliza, seguramente con una novela en la mano, encendió la luz del alto dormitorio. A veces, borracho, él amanecía dormido en la playa. Por eso, ella no se ofuscaría hasta la mañana siguiente, en que las olas restituirían a la costa ese poema muerto desde el fondo del mar.

1982-2022